

UN MEDICO ALFONSI: MAESTRE NICOLAS

POR EL

DR. JUAN TORRES FONTES

El siglo XIII de nuestra Historia es un siglo crucial por excelencia, iniciándose en él la transformación humana que lentamente se verifica hasta llegar a su consecución en el siglo XV, con el Renacimiento. Se rompen los tradicionalismos, surgen aspiraciones y se formulan atrevidas teorías que tendrán su resolución más adelante. Nace el espíritu inquieto, dinámico, activo e individualista que informará todas las manifestaciones del Renacimiento. Su acción será ininterrumpida y su deseo de individualizarse le harían llegar a extremos que, a veces, resultarían ridículos. Su afán es, también, la notoriedad. Todas las ramas del saber se van haciendo factibles para estos espíritus emprendedores que alcanzarían la categoría polifacética del hombre renacentista. Salen de sus profesiones o especialidades y se preocupan de cuestiones y cosas ajenas a sus conocimientos. En muchas, triunfan; en otras, han de volver al camino trillado de su vida anterior.



A consecuencia probablemente de un famoso decreto dado a fines del siglo XII por Guillermo VIII, la Universidad de Montpellier alcanzó justa fama en el estudio de la Medicina. Guillermo VIII declaró injusto e impío monopolizar su enseñanza y autorizó a toda clase de hombres para dispensarla. Por otra parte, en Toledo, se mantenían los estudios médicos en su especialidad orientalista y sus aulas se nutrían con adeptos de las ciencias médicas y ocultas (1).

Los estudios se fueron ampliando y sabemos también que en 1240 el rey de Castilla, Fernando III el Santo, creaba la cátedra de Anatomía en la Universidad de Palencia. Subsistía todavía la mayor afluencia de médicos judíos que alcanzaron amplia preponderancia en la corte real castellana. Iba a destacar, en esta zona axial del siglo XIII, la figura polifacética del judío R. Jehuadah Mosca, físico de Alfonso X el Sabio, cuya cultura extensísima y amplios conocimientos abarcaban la Astronomía, el latín y el árabe. A él se debe la formación del Lapidario y de los Libros del Saber y Astronomía del rey Sabio.

Frente a esta cultura orientalista, fijada en una firme base de experiencia y estudio, las Universidades cristianas redoblaron sus esfuerzos por dar mayores frutos en su saber. La Universidad de Montpellier, perteneciente a la Corona de Aragón, aunque no logró alcanzar la altura científica de la de Salerno, sí pudo proporcionar a los estudiosos unas mayores garantías científicas que aumentarían el prestigio que su nombre había logrado hasta entonces, con la irradiación que los alumnos salidos de sus aulas dieron en el Occidente de Europa. Basta, para fijar nuestro aserto, mencionar una Cantiga del rey D. Alfonso, en que recordaba la enfermedad de su hermano, el infante D. Fernando, tercer hijo de Fernando III y de Beatriz de Suabia, y en donde nos habla de los físicos de Montpellier:

*Pero de Monpiller
bonos físicos y eran
decian: «Non viverá»*

Junto a estos buenos físicos, que perfeccionaban sus conocimientos científicos, existía otro tipo de hombre que buscaba solamente un título de la ya acreditada Universidad de Montpellier, sin preocuparse de los estudios, y sin afianzar sus conocimientos, preocupado sólo de su atuendo personal, de propagar extravagantemente su profesión por formas caprichosas en su vestir y obrar, con una extensa gama de manifestaciones externas, mal imitadas de los físicos judíos y musulmanes, que atraían la curiosidad de los poco cultos e ignorantes con todos los medios que la credulidad de las gentes les ponía a su alcance. Uno de estos hombres,

(1) MAURO GAMAZO, GABRIEL. *Rincones de la Historia*, pág. 283.



inquieto, audaz, con aspiraciones ambiciosas, deseoso de destacar y alcanzar altos puestos políticos en su patria, es el médico de Alfonso X el Sabio, Sancho IV y Fernando IV, maestro Nicolás, *magistrum Nicholaum medicum suum*. Así nos lo presentan los Cancioneros de Ajuda y de la Vaticana:

*Maestre Nicolas, a meu cuidar,
é muy bon físico por non saber
el as suas gentes ben guarecer,
mais vejo-lhi capelo d'ultramar
e traj'al uso ben de Monpislér;
e latin, come qual clerigo quer,
entende, mais non-no sabe tornar.*

*E sabe seus livros si go trager;
come meestre sabe-os catar
e sab'os cadernos (mui) ben cantar;
quisá non sabe por eles leer,
mais ben vos dirá quis quanto custou,
todo per conta, ca el x'os comprou.
Ora veede se a gran saber!*

*E en bon ponto el tan muito leu
ca per o prezan (e) condes e reyx,
e sabe contar quatr(o) e cinq'e seix
per (a)strolomia que aprendeu;
e mais vos quer'end'ora dizer eu:
mais van a el que a meestr'And(r)eu...
des antano que o outro morreu!*

*E outras artes sab'el mui melhor
que estas todas de que vos falei:
diz das lúas como vos (ea) direi
que x'as fezo todas Nostro Senhor,
e dos (e)stromentos diz tal razon
que muy ben pod'en eles fazer son
todo ome que en seja sab(edor) (2).*

La traducción, un tanto libre, de las estrofas o coblas de esta cantiga de escarnio es: Maestre Nicolás, según pienso, es muy buen médico porque no sabe curar bien a sus enfermos, más lo veo con birrete oriental y traje al uso de Montpellier y entendiendo latín como cualquier cléri-

(2) *Cancioneiro da Ajuda*. Edição crítica e comentada per Carolina Michaëlis de Vasconcellos. Halle, A. S. Max Niemeyer, 1904, vol. II, pág. 536.



go, aunque no lo sabe traducir.—Y sabe traer consigo sus libros, los sabe mirar como maestro y sabe cantar bien los cuadernos, aunque quizá no sabe leer por ellos; pero bien os dirá cuanto costó cada uno, todo por cuenta, porque él ya los compró. ¡ahora ved si tiene que saber!—Y en buena hora tanto leyó, que mucho lo aprecian condes y reyes, y sabe contar cuatro y cinco y seis, que por astronomía aprendió y más os quiero decir por esto ahora: más van a él que a maestre Andrés...! desde antaño, que el otro murió!—Y otras artes sabe él mucho mejor, que todas estas de que os hablé: dice de las lunas como os diré: que ya las hizo todas Nuestro Señor, y de los instrumentos musicales dice esta razón: que muy bien puede hacer són en ellos, todo hombre que de ellos sea sabedor.

Según la fina y mordaz sátira del poeta, unía maestre Nicolás a su ciencia infusa e insufrible pedantería un atuendo personal, lo suficientemente ridículo, para poder llamar la atención de condes y reyes. También hacía gala de haber estudiado en Montpellier, Universidad famosa entonces por sus estudios médicos. Unía a ello su publicitaria propaganda de saber latín, astronomía y música, ciencias de las que sus conocimientos eran muy escasos.

Pero tanta importancia se supo dar maestre Nicolás, tanto habló y a tantos incautos engañó, que audazmente aspiró a ser nombrado físico real en la corte de Alfonso el Sabio. Pese a la juventud que por entonces disfrutaba y sus escasísimos conocimientos médicos, muy pronto apreciados en la corte castellana, maestre Nicolás supo buscar los medios para alcanzar el nombramiento de físico real a que aspiraba. No le debió de costar mucho trabajo lograr alcanzar el favor de un monarca que aspiraba a engrandecer culturalmente a su pueblo, y que excesivamente crédulo, seguía los impulsos de su bondadoso corazón antes que los razonables consejos de algunos de sus cortesanos.

Debía ser joven maestre Nicolás, porque no se le menciona en el acompañamiento que llevó consigo el entonces príncipe D. Alfonso cuando ocupó pacíficamente el reino de Murcia, en cuya capital entraba el viernes primer día de mayo de 1243. Pero cuando llegó la hora de la abundancia, cuando una vez sometidos los sublevados musulmanes, el rey Sabio ocupó militarmente el reino que la hidalguía de su suegro le había recobrado, y empezó a verificar el Repartimiento de las tierras ganadas en el reino de Murcia entre los conquistadores, entonces sí aparece maestre Nicolás incluido en la cuadrilla real. Era el año 1272 cuando estos cortesanos se repartieron la cuadrilla de *Alhomayz*, y a maestre Nicolás le correspondieron diez alffabas de terreno, repartidas en seis alffabas de regadío cerca de la acequia de *Adahua* y del camino de Lorca; una, también de regadío en *Benieza*, y tres alffabas de secano en Sangonera. Estas diez alffabas significaban un total de cuarenta y seis tahullas. Como en general el número de tahullas que se concedían a los



pobladores era bastante menor, todo parece indicar que maestre Nicolás no andaba remiso en pedir y en conseguir. Además de ello, según una disposición de D. Alfonso, no podían continuar siendo dueños de tal cantidad de terreno en la huerta de Murcia, aquellos pobladores que no residieran de continuo durante varios años en la ciudad de Murcia, pero en tales disposiciones reales siempre había algunas excepciones, y maestre Nicolás fué una de ellas (3). Aparecen también otros médicos en el Repartimiento de la huerta murciana junto a maestre Nicolás, como son el de maestre Remón; maestre Miguel Pérez, *cirurgiano*, y Alfonso Martínez, *físico del rey*. Este es el único a quien se le llama médico real, lo que parece indicar que maestre Nicolás no había alcanzado aún dicho título, aunque anduviese ya en la corte castellana.

Pronto habría de conseguirlo al seguir junto al monarca de León y Castilla, pues a su lado estuvo hasta última hora, ya que la Crónica alfonsina nos dice que estando el rey Sabio en Sevilla, en el último año de su vida, amargado por la sublevación de su hijo Sancho y de las principales ciudades de sus reinos, le enviaron decir que D. Sancho había muerto en Salamanca, donde se encontraba. Esta noticia contristó de tal forma el ánimo del monarca, que se retiró a su cámara a llorar por el hijo muerto. Como su ausencia se prolongara excesivamente, los cortesanos comenzaron a preocuparse. Nadie se atrevía a entrar en la cámara real, hasta que finalmente se decidió uno de sus privados llamado maestre Nicolás, quien al encontrar a D. Alfonso entristecido le preguntó el motivo de su tristeza, ya que D. Sancho era un rebelde a su autoridad y había alzado a sus reinos contra él, le había desheredado y aún le quedaban junto a sí otros hijos que le eran fieles, y a los cuales les podía molestar esta inclinación y la exteriorización de su pena. Fué entonces cuando D. Alfonso, queriendo disimular su pena, le respondió: *Maestre Nicolás: non lloro yo por el infante don Sancho, más lloro por mí, mezquino viejo...* (4).

El haber estado hasta el último momento con el rey Sabio, probablemente pensando como muchos de sus súbditos que D. Alfonso vencería al hijo rebelde y recuperaría sus reinos, no fué impedimento para que pronto consiguiera ganarse la amistad y confianza de Sancho IV, puesto que nunca se apasionó excesivamente por el bando alfonsí, sino que buen político debió de tratar de hacer llegar a ambos bandos a una posible inteligencia. El nuevo rey de Castilla le nombró también médico oficial de su corte, y muy pronto le haría intervenir activamente en la política exterior de su reino, manteniendo con ello su influencia en la política interior, aunque de esto no nos quede noticias aclaratorias de su intervención. La habilidad de maestre Nicolás no residía precisamente en la Medicina, por lo que su título de físico real era más bien teórico que práctico, sino

(3) TORRES FONTES, JUAN. *El libro del Repartimiento de Alfonso X el Sabio a Murcia*. (Obra de próxima publicación), fol. 85 r.

(4) *Crónica de Alfonso X*, pág. 65.



en la facilidad de ganar amigos, convencer a enemigos y lograr simpatizar con todos, haciéndose imprescindible consejero de todas las cuestiones, grandes o pequeñas, que se planteaban en la corte castellana.

Por ello, teniendo necesidad don Sancho de enviar una embajada a Francia para poner en conocimiento de Felipe el Hermoso la paz firmada con Aragón y el subsiguiente tratado firmado en las vistas de Monteagudo, siendo como era misión muy delicada debido a la probable suspicacia y reserva francesa, enemiga de Aragón y recelosa de los pactos que firmaba con las naciones limítrofes, ya que a Sancho IV le era necesaria la continuación de la amistad francesa, el rey Bravo eligió como embajadores extraordinarios para desempeñar este difícil cometido, al arzobispo don Gonzalo de Toledo, a maestre Nicolás y a Pascual Martínez de Cuenca. La embajada se realizó en el año 1292, y tal habilidad se dieron los plenipotenciarios castellanos que, cuando en octubre de dicho año llegaron a Sevilla de vuelta de su misión, pudieron dar cuenta a su soberano del éxito de sus gestiones, de la magnífica acogida que les fué dispensada por Felipe el Hermoso y de la aceptación de cuantas explicaciones le fueron dadas respecto al tratado firmado por Castilla y Aragón.

El viaje a Francia debieron hacerlo los embajadores castellanos con gran pompa, y más conociendo los gustos en el vestir de maestre Nicolás, ya que no escatimaron gasto alguno. Les habían entregado antes de su partida la cantidad de 19.422 maravedís (5), pero al regreso presentaron su cuenta, que ascendió a la elevada suma de 30.000 maravedís... Como todo ello representaba únicamente los gastos del viaje, maestre Nicolás solicitó merced del rey por el éxito de su gestión, de que no hay que dudar que sabría atribuirse, y en efecto en Valladolid, a 18 de mayo de 1293, el rey don Sancho concedió a maestre Nicolás, por hacerle bien y merced, todas las rentas de Cabezón, aldea cercana a Valladolid (6). Poco tiempo después le eran entregadas a un criado suyo ocho varas de tela, así como otras tantas a un criado del físico Abraham, también médico de cámara de la corte castellana (7).

El primero de mayo de 1294 envió nuevamente don Sancho una embajada a Francia. El arzobispo de Toledo era sustituido por fray Munio de Zamora, obispo de Palencia, y sus acompañantes eran los mismos que los de la embajada de dos años antes, Pascual Martínez de Cuenca y *magister Nicolaus, phisicus*. El objeto de esta misión era tratar los matrimonios proyectados entre infantes castellanos y franceses para reafirmar las buenas relaciones existentes entre ambos reinos. En igual tiempo que en la primera embajada, unos siete meses, los comisionados lograron los

(5) GAIBROIS DE BALLESTEROS, MERCEDES. *Sancho IV de Castilla*, tomo, I, pág. XXIX.

(6) «por fazer bien et merced a maestre Nicolas, nuestro fisico, et por seruios que nos fizo et faze...». (GAIBROIS, MERCEDES, *Sancho IV*, t.-III, doc. n.º 476).

(7) «a un ome de Maestre Nicolas et a otro de don Abrehem, fisico...». (GAIBROIS, *Sancho IV*, tomo I, Cuentas, pág. LXXVIII).



objetivos que se les había señalado, y el acuerdo de los matrimonios de don Fernando, príncipe heredero de Castilla, con la princesa Margarita, y el de don Luis con doña Beatriz, fué ratificado. Si bien estos casamientos no se celebrarían nunca por diversas circunstancias que no son del caso examinar, don Sancho aprobaba el último día de octubre de dicho año 1294, los convenios firmados por sus embajadores en Francia.

Muerto el rey don Sancho supo *magistri Nicholai, phisici*, continuar al lado del nuevo rey de Castilla y de la reina gobernadora doña María de Molina como su médico de cámara, consejero y procurador, y así aparece ya en los documentos reales de Castilla en 1296. Se verificaba por entonces la penetración aragonesa de Jaime II en Castilla aprovechando el débil gobierno de Fernando IV y su turbulenta minoría. Cuando más tarde, en 1304, encontrándose en pública rebelión los infantes don Enrique y don Juan, frente a los deseos y buena política de doña María de Molina, que intentaban llegar a un acuerdo con el rey de Aragón sumamente perjudicial para Castilla, en que se trataban las aspiraciones de don Alfonso de la Cerda, entonces *maestre Incolás*, hábil siempre, se excusó de cumplir una orden de doña María de Molina destinada a entorpecer dichos tratos, con el propósito de quedar en buen lugar con ambas partes (8). Pero se fué haciendo difícil la vida en la corte castellana del *magistrum Nicholum, medicum ac consiliarium nostro*, por cuanto que la viuda de Sancho IV muy poco después hizo caso omiso de sus consejos políticos en este mismo asunto de Aragón. Eso sí, procuró y logró a principios del año 1306 que Fernando IV le confirmase la concesión de las rentas de Cabezón, de que le había hecho merced don Sancho algunos años antes.

Un último dato conozco—que pongo muy en cuarentena—, y que de ser cierto su atribución, nos haría dudar bastante de la honradez de *maestre Nicolás, nuestro fisico*. En diciembre de este mismo año 1306, el día nueve, escribía Jaime II de Aragón a Guillermo Gallifa, encargado de la alimentación de sus hijos, dándole instrucciones sobre la comida de los infantes. Contestando a una pregunta de Guillermo Gallifa, don Jaime le decía que consultara primero con su esposa y en caso de duda lo hiciera con *maestre Nicolau* (9). Y aquí surge la pregunta ¿es este maestre Nicolau el mismo médico real de Castilla? No podemos dar contestación alguna a esta pregunta porque no tenemos más datos de maestre Nicolás. En Castilla no se le vuelve a mencionar en ninguna crónica ni documento; en Aragón, tampoco. Pero sí cabe señalar la facilidad con que magnates y políticos castellanos se aliaban por entonces con el rey de Aragón y se alejaban de Castilla, bien por no haber conseguido todo lo que creían fácil de lograr de las femeninas, pero nada débiles, manos de

(8) BENAVIDES. *Memorias de Fernando IV*, págs. 65-7 y *Crónica de Fernando IV*, pág. 130.

(9) MARTÍNEZ FERRANDO, J. ERNESTO. *Jaime II de Aragón. Su vida familiar*. C. S. I. C. Barcelona, 1948, tomo II, pág. 28.



doña María de Molina, o porque el mayor empuje y brillo de la corte jaimista en Aragón les atrajera más. Recordando que la última noticia que tenemos de maestre Nicolás en Castilla es de 1306, y la primera de su posible estancia en Aragón en diciembre del mismo año, cabe el indicar su posible cambio de corte. Por otra parte, las últimas relaciones de doña María de Molina con maestre Nicolás eran bastantes equívocas, y el alejamiento de maestre Nicolás de la corte de Castilla se imponía. Por último, maestre Nicolás había *estudiado* su carrera en una Universidad de la Corona de Aragón, en Montpellier. Un ambicioso como maestre Nicolás, tanto política como económicamente, fácilmente podía ser atraído por el hábil Jaime II con mayores estipendios y lugar más preeminente en su corte de Aragón.

Este dato no será muy convincente, pero el oportunismo no deja de ser una magnífica cualidad política, aunque falle a veces y en su aspecto moral deje bastante que desear, pero maestre Nicolás parecía capaz de todo si algún beneficio o merced honorífica podía lograr. Tal es a grandes rasgos la vida de este médico alfonsí, que vivió en Murcia, en cuya huerta fué propietario de cuarenta y seis tahullas y que supo triunfar, a su manera, en la corte castellana. Ocupó altos cargos y medró lo suficiente para elevarse por encima de las posibles rivalidades de sus compañeros que, quizás con más valía científica que él, ocuparon oscuros cargos y no pasaron a la Historia, aunque sea en la forma poco envidiable que los poetas han dejado memoria de la vida de maestre Nicolás.



La personalidad y la obra de González Moreno han trascendido del terreno puramente local, para alcanzar en el ámbito nacional un elevado prestigio. «El Lavatorio», uno de sus últimos trabajos escultóricos, constituye una prueba evidente de su gran talento creador. Las páginas que siguen son una breve exégesis religioso-literaria, en la que el ilustre académico D. Andrés Sobejano glosa cada una de las figuras de este admirable grupo pasionario, a través de unos párrafos de delicado estilo.

